

Arrepentimiento y confesión del pecado

Christian BRIEM

biblicom.org

La esencia de una verdadera **confesión** es el juicio de uno mismo. El mismo Job, aunque era temeroso de Dios, debe haber sido llevado al punto de aborrecerse a sí mismo. Fue solo cuando vio a Dios, y no antes, que reconoció: «Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6). En el sentido del Nuevo Testamento, podemos decir que donde hay *fe* en el Señor Jesucristo, también se verá el arrepentimiento hacia Dios (Hec. 20:21).

El «arrepentimiento» no es solo un cambio de sentimientos, como a menudo se ha definido. Indudablemente, cuando hay arrepentimiento producido por el Espíritu Santo, también hay un cambio en el pensamiento. Sin embargo, es absolutamente imposible imaginar un verdadero cambio de sentimientos sin inclinarse ante el juicio de Dios. Cuando un hombre se inclina ante el juicio de Dios sobre él, entonces también hay un cambio en su forma de pensar. Lo que se deduce de una palabra griega a partir de su raíz no es en sí mismo decisivo para el significado de una palabra, pero también es necesario tener en cuenta el contexto y el uso que el Espíritu Santo hace de la palabra [1].

[1] La palabra griega “*metanoia*” significa cambio de sentimiento.

La mujer siro-fenicia en Marcos 7 es un ejemplo de alguien que se arrepintió en el tiempo de la vida del Señor. Solo cuando confesó ser un «perro» inmundo y despreciado, recibió la bendición del Señor. El ejemplo del hijo pródigo muestra claramente que el gozo es el resultado del arrepentimiento. Confesó que no era digno de ser llamado «hijo» porque había pecado contra el cielo y ante su padre. Es entonces cuando se habla varias veces del gozo: «Convenía alegrarse y regocijarse» (Lucas 15:32).

Muchos de los que escuchaban las palabras de nuestro Señor eran exactamente iguales a los sembrados en los lugares pedregosos. Querían tener gozo en la presencia del Señor, sin arrepentirse. Algunos querían hacerlo rey, otros lo buscaban, no por sus palabras, sino porque habían comido pan y se habían saciado. Y muchos lo rodearon con sus gritos de «Hosanna» cuando entró en Jerusalén (Mat. 21:9). De hecho, había alegría entonces. Pero ¿de qué valía que no se tocara su corazón? Poco después, toda la multitud gritó: «¡Quita a este, y deja en libertad a Barrabás!» (Lucas 23:18).

Creo que el grupo de los que hacen una *confesión mecánica y superficial de pecado* pertenece a los que son sembrados en los lugares rocosos. No hay nada como el hábito de confesar los pecados sin sentir que endurecen el corazón. Cuando una ple-

garia como: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» solo sale de los labios sin aflicción interior, entonces la conciencia endurecida solo se vuelve aún más dura. Realmente ¿creemos que Dios escucha tales “oraciones”? La confesión «he pecado» es fácil de expresar, y si se expresa de manera apresurada, hay muchas razones para dudar de su autenticidad.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, hay muchas personas que han reconocido que «he pecado»:

- Faraón (Éx. 10:16),
- Balaam (Nom. 22:34),
- Acán (Josué 7:20),
- Saúl (1 Sam. 15:24, 30).
- David (2 Sam. 12:13; 24:10, 17; 1 Crón. 21:8; Sal. 51:4),
- Simei (2 Sam. 19:20),
- Judas Iscariote (Mat. 27:4),
- El hijo pródigo (Lucas 15:18, 21).

¿No es muy sorprendente, e incluso aterrador que, de estas 8 personas, solo 2 eran creyentes (o prefiguraban creyentes) y 6 fueron a la perdición, hasta donde sabemos? No, una confesión rápida es a menudo solo la marca de una conciencia endurecida. ¡Cuántas veces, en el curso de su historia, los israelitas exclamaron: «Hemos pecado!», a menudo solo para salir de una angustia de la que ellos mismos eran la causa. Una vez, cuando estaban al comienzo de su peregrinación en el desierto, pero ya en la frontera de la tierra prometida, y debido a su incredulidad en el asunto de los espías, el Señor les ordenó que se dieran la vuelta y se pusieran en camino hacia el desierto, entonces respondieron: «Hemos pecado contra Jehová» (Deut. 1:41). He hicieron lo contrario de lo que Jehová había mandado. Entonces, después de haber tenido que sufrir una severa derrota a manos de los amorreos, regresaron y lloraron ante Jehová. Sin embargo, Moisés más tarde tuvo que recordarles que Jehová no había escuchado su voz, ni los había escuchado a ellos (Deut. 1:45). Habían pensado que podían arreglar el asunto con Dios con un rápido «hemos pecado».

Nosotros, los hijos de Dios, también tenemos lecciones que aprender de esto. ¡Cuán rápidos somos en preparar ciertas fórmulas para confesar nuestros pecados ante

Dios, y cuán a menudo nuestros corazones permanecen fríos por ellos! ¿No deberíamos todos confesarlo más o menos? ¡Que el Señor nos dé la profundidad necesaria cuando se trata de la confesión de nuestras faltas! La mirada fiel a nuestro Salvador sufriente en la cruz nos ayudará a hacer esto.